

## EL CIELO



Colección “Raíces de la fe”

ZDZISŁAW KIJAS

# El cielo

Ver a Dios cara a cara



Ciudad Nueva

2ª impresión: septiembre 2012

Título original: *Niebo. Dom ojca*

© 2002, Wydawnictwo "M" - Cracovia

Traducción: *Marek Raczkiewicz*

Revisión: *Ana Hidalgo*

Maquetación y diseño gráfico: *Antonio Santos*

Imagen de cubierta: Beato de Liébana de El Escorial (s. X),

*Apocalipsis XIV: Cosecha y vendimia escatológica*

(manuscrito iluminado sobre pergamino,

Real Biblioteca de San Lorenzo)

© 2012, Editorial Ciudad Nueva

José Picón, 28 - 28028 Madrid

[www.ciudadnueva.com](http://www.ciudadnueva.com)

ISBN: 978-84-9715-242-6

Depósito legal: M-1191-2012

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Afanias Industrias Gráficas - Alcorcón (Madrid)

## *Introducción*

«¿Qué se nos ha prometido? –preguntaba san Agustín-. Seremos semejantes a él porque lo veremos tal cual es» (1 Jn 3, 2). La lengua ha dicho lo que ha podido; lo demás ha de ser meditado en el corazón. Pues ¿qué dijo incluso el mismo Juan en comparación de aquel que es, o qué podemos decir los hombres, tan por debajo de sus méritos? Volvamos, pues, a aquella su Unción; volvamos a aquella su Unción que enseña interiormente algo que no podemos decir con palabras. Como ahora no podéis verlo, ocupaos en desearlo. La vida entera del buen cristiano es un santo deseo. Lo que deseas aún no lo ves, pero deseándolo te capacitas para que, cuando llegue lo que has de ver, te llenes de ello. Es como si quieres llenar una cavidad, conociendo el volumen de lo que se va a dar; extiendes la cavidad del saco, del pellejo o de cualquier otro recipiente; sabes la cantidad que has de introducir y ves que la cavidad es limitada. Extendiéndola, aumentas su capacidad. De igual manera, Dios, difiriendo el dártelo, extiende tu deseo; con el deseo, extiende tu espíritu, y extendiéndolo, lo hace más capaz. Deseemos, pues, hermanos, porque seremos llenados. Ved cómo Pablo extiende su cavidad para poder acoger lo que ha de venir. Pues dice: “No es que ya lo haya conseguido o que ya sea perfecto... Hermanos, no

creo haber conseguido el premio” (*Flp* 3, 12-13). ¿Qué haces, pues, en esta vida? “Sólo busco una cosa: olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, hacia el premio, al cual me llama Dios desde arriba en Cristo Jesús” (*Flp* 3, 13-14). Dice que está lanzado hacia lo que está por delante, hacia la meta. Se sentía poco capaz de acoger lo que “ni el ojo vio ni el oído oyó ni ha subido al corazón del hombre” (*1 Co* 2, 9). Ésta es nuestra vida: ejercitarnos mediante el deseo. Pero el deseo santo nos ejercita en la medida en que apartemos nuestros deseos del amor mundano. Ya he dicho con anterioridad: vacía el recipiente que has de llenar con otra cosa. Tienes que llenarte del bien, derrama el mal. Imagínate que Dios quiere llenarte de miel; si estás lleno de vinagre, ¿dónde depositas la miel? Hay que derramar el contenido del vaso; hay que limpiar el vaso mismo; hay que limpiarlo, aunque sea con esfuerzo, a fuerza de frotar, para hacerlo apto para determinada realidad. Designémosla con un nombre impropio; llamémosla oro, llamémosla vino; cualquier nombre que asignemos a lo que no puede ser nombrado, cualquier nombre que sea el que queramos darle, se llama Dios. Y al decir Dios, ¿qué hemos hecho? ¿Todo lo que esperamos se reduce a esta única sílaba? Cualquier cosa que podamos decir queda por debajo de la realidad; dilatémosla con el deseo de él, para que cuando venga nos llene. “Seremos semejantes a él porque lo veremos tal cual es”»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> AGUSTÍN DE HIPONA, *Homilías sobre la Primera Carta de san Juan* 4, 6, BAC 187, Madrid 2003, pp. 571-573.

El deseo de Dios y de una felicidad plena y duradera hace que el corazón humano esté inquieto y expectante. Desde el principio el hombre ha sentido la nostalgia de una felicidad que no pase, una felicidad imperturbable. Dicha nostalgia ha desarrollado la imaginación humana, impulsándola a concebir diversas representaciones de *su* reino de la felicidad. Así han nacido varias imágenes más o menos ricas del más allá, del reino de nuestros sueños o de los jardines del placer eterno. La historia conoce muchas de ellas. En efecto, cada época ha tenido *su* cielo, *su* imagen de la bienaventuranza eterna, y ha indicado a los hombres las condiciones para alcanzarla. En la Antigüedad y en los siglos sucesivos hasta nuestros días, el hombre ha imaginado y sigue imaginando, de acuerdo con su época y sus necesidades, el reino de la bienaventuranza eterna y felicidad, que es el fin de su vida. Blaise Pascal escribió: «Todos los hombres desean ser felices, sin excepción. Independientemente de los medios, todos tienden a este fin. Si unos van a la guerra y otros no van, en ambos casos es por este mismo fin, que se encuentra en unos y otros acompañado de visiones diversas. La voluntad no da el menor paso a no ser que sea hacia este objetivo. Es el motivo de todas las acciones de todos los hombres»<sup>2</sup>.

La imagen del cielo impulsaba al hombre a actuar e introducía en su existencia la esperanza de un futuro mejor. Aunque el deseo de estar en el cielo no cambiaba prácticamente nada alrededor del hombre, sin embargo

<sup>2</sup> B. PASCAL, *Pensées*, X, «Le Souverain Bien».

transformaba su corazón, reforzaba su voluntad y lo despertaba a una *nueva* vida, derramando en su corazón el coraje y la voluntad de superar las dificultades de la vida.

El hombre se regocijaba pensando en el cielo y en sus imágenes de felicidad. No era raro que tuviera varias, según la situación en que se encontraba, y en cada una se identificaba y se reconocía plenamente con todas sus alegrías y preocupaciones, con sus ansias y esperanzas. Por las puertas del paraíso el hombre hacía entrar también a sus seres queridos, a familiares y amigos: el cielo siempre ha estado lleno de gente, porque quien es plenamente feliz comparte con gusto su felicidad con los demás, y sobre todo con aquellos que más ama.

Releyendo la Biblia y recorriendo la historia de la cultura cristiana de Europa, no siempre se consiguen captar en toda su riqueza las imágenes del cielo que se encontraban en las mentes y en los corazones de los hombres. Esta dificultad es especialmente evidente en la lectura del Antiguo y del Nuevo Testamento.

En este estudio no pretendo sólo indagar la historia del término *cielo* en los textos bíblicos; sería una tarea demasiado fácil y que tal vez no despierte la atención del lector. Más bien nos dedicaremos sobre todo a interpretar la visión de la bienaventuranza celestial descrita por los autores inspirados por el Espíritu Santo, y también las imágenes del cielo que han tenido otros hombres. Tampoco nos ocuparemos de la cuestión cosmológica, que proporciona una visión reducida del cielo como una especie de bóveda (*firmamentum*) que, en las imágenes antiguas del universo, separa las aguas superiores de las inferiores. En la Sagrada Escritura y en el judaísmo está, en efecto, pre-

sente la concepción de una multiplicidad de cielos. Así, por ejemplo, está escrito que san Pablo «fue arrebatado hasta el tercer cielo» (2 Co 12, 2). No es éste el cielo que buscamos. Nos ocuparemos sobre todo del cielo entendido como un *modo* de existir de Dios y de los bienaventurados, o sea, una realidad espiritual desvinculada del tiempo y del espacio y, precisamente por eso, muy difícil de describir, misteriosa y que se desvela sólo mediante analogías, imágenes y metáforas.

San Pablo, refiriéndose precisamente a este carácter misterioso del cielo, escribe que un día «fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables que un hombre no es capaz de repetir» (2 Co 12, 4). El gozo del Apóstol fue tan grande que las palabras no eran capaces de expresarlo porque nadie había experimentado aquella experiencia en la dimensión terrenal, puesto que aquellas cosas que «ni el ojo vio ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman» (1 Co 2, 9). San Juan confortaba a los que sufrían anunciando su bienaventuranza celestial, cuando Dios «enjugará toda lágrima de sus ojos y ya no habrá muerte ni duelo ni llanto ni dolor, porque lo primero ha desaparecido» (Ap 21, 4). En otra ocasión explicaba que los hombres «ya no pasarán hambre ni sed, no les hará daño el sol ni el bochorno, porque el Cordero que está delante del trono los apacentará y los guiará hacia fuentes de aguas vivas. Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos» (Ap 7, 16-17). Por una parte el misterio, y por otra la felicidad: he aquí los dos polos del cielo.

Nos ocuparemos también de la dimensión salvífica del cielo, considerado como el *lugar* específico de la eterna felicidad de los salvados, que están con Dios y gozan de

su amistad. En el *cielo* Dios permite *que lo veamos*, que lo miremos *cara a cara*, que gocemos de su presencia. La perspectiva soteriológica alcanza su culmen en el Nuevo Testamento, que describe la venida del Hijo de Dios a la tierra y su encarnación a fin de que los hombres puedan ver en él y con él el rostro de su Padre. Después del cumplimiento de su misión en la tierra, Jesucristo ascendió al cielo (cf. *Hch* 1, 9s.) y fue elevado a la derecha del Padre (cf. *Flp* 2, 9s.). Él envió después al Espíritu Santo (cf. *Hch* 2, 1s.) y desde allí volverá un día a la tierra «con gran poder y gloria» (*Mt* 24, 30) para juzgar a vivos y muertos. La dimensión salvífica del cielo está, pues, estrechamente unida a la dimensión escatológica, entendida como cumplimiento de la historia y esperanza de que se instaure un estado de perfección total y eterno.

El cielo es el gran misterio de la fe. Es también el misterio del destino humano después de la muerte física. Como veremos, Cristo ha hablado mucho de su existencia, comparándola a un banquete de bodas, a un banquete real o a la casa del rey, donde «hay muchas moradas» (*Jn* 14, 2), pero no nos ha sido revelado todo el misterio. ¿No sorprende tal cosa? Tal vez algunos tengan reticencias hacia Cristo porque no ha revelado todo sobre la «casa del Padre». Pero, aunque lo hubiera hecho, ¿estarían sus oyentes en grado de comprender el misterio? Ésta ha sido la sabiduría de la pedagogía divina. Dejando en la penumbra muchos aspectos particulares a propósito del cielo, Jesús ha abierto el camino a la imaginación humana, permitiéndole crear «imágenes» del cielo, formular hipótesis sobre la bienaventuranza futura, construir el escenario del más allá.